

TEXTO

[...] *Y no me olvidaré jamás del día en que diciéndole yo: «Pero, don Manuel, la verdad, la verdad ante todo», él temblando, me susurró al oído y eso que estábamos solos en medio del campo-: «¿La verdad? La verdad, Lázaro, es acaso algo terrible, algo intolerable, algo mortal; la gente sencilla no podría vivir con ella». «Y ¿por qué me la deja entrever ahora aquí, como en confesión?», le dije. Y él: «Porque si no me atormentaría tanto, tanto, que acabaría gritándola en medio de la plaza, y eso jamás, jamás, jamás. Yo estoy para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerlos felices, para hacerles que se sueñen inmortales y no para matarlos. Lo que aquí hace falta es que vivan sanamente, que vivan en unanimidad de sentido, y con la verdad, con mi verdad, no vivirían. Y esto hace la Iglesia, hacerlos vivir. ¿Religión verdadera? Todas las religiones son verdaderas en cuanto hacen vivir espiritualmente a los pueblos que las profesan, en cuanto les consuelan de haber tenido que nacer para morir, y para cada pueblo la religión más verdadera es la suya, la que ha hecho. ¿Y la mía? La mía es consolarme en consolar a los demás, aunque el consuelo que les doy no sea el mío.» Jamás olvidaré estas sus palabras.*

Miguel DE UNAMUNO: San Manuel Bueno, mártir (1931)

Organización de las ideas del texto

En este fragmento de conversación entre Lázaro y su hermana Ángela se distinguen tres partes:

Primera parte (líneas 1-5: *Y no me olvidaré... Le dije*). Son los preliminares de la confesión de San Manuel.

Segunda parte (líneas 5-15: *Y él ...sea el mío*). Confesión propiamente dicha de San Manuel de buscar consuelo en las religiones, aunque no se ajusten a la verdad.

Tercera parte (línea 15: *Jamás olvidaré...*). Efecto en Lázaro de la confesión (recuerdo inolvidable).

Resumen

Lázaro reproduce su conversación con San Manuel Bueno, que no olvidará jamás. En ella el cura le confiesa su secreto: que su verdad es fingir para consolar al pueblo, haciendo que viva feliz soñándose inmortal a través de la religión y profesando una fe de la que él carece.

Tema

Recuerdo imborrable para Lázaro de la revelación del secreto de San Manuel sobre su falta de fe.

Comentario crítico sobre el contenido del texto

El texto corresponde a *San Manuel Bueno, mártir*, una de las obras noventayochistas más representativas de Miguel de Unamuno. Vemos en él a un autor que lucha entre la fe y la

razón y se plantea cuestiones sobre la eternidad y la existencia humana. En la obra, San Manuel es un cura sin fe que ha decidido seguir ejerciendo su magisterio para procurar consuelo espiritual a sus feligreses (de ahí lo de mártir). Ángela Carballino nos trae su memoria con motivo de su inminente beatificación. En este fragmento aparece Lázaro, hermano de Ángela, que atraído por el testimonio del cura, se ha convertido -él también- en su discípulo.

Este texto reproduce el momento en que Lázaro cuenta a su hermana cómo se enteró del secreto de San Manuel y cómo le atrapó para siempre su testimonio. Tanto al inicio como al final comenta: *Y no me olvidaré jamás del día...; Jamás olvidaré éstas sus palabras.* Lázaro era anticlerical, pero no con don Manuel. De pronto, empieza a actuar como católico (reza, comulga, visita enfermos, da limosna...) y estos actos son - como lo serán en San Manuel- una mentira, una impostura necesaria para mantener feliz al pueblo con su religión. La confesión de San Manuel coincide precisamente con la propia confesión de Lázaro a su hermana. Ambos, cura y discípulo, fingen seguir creyendo para no despertar al pueblo y dejarle vivir feliz en la ignorancia. Conocemos por la obra que es tal la conversión de Lázaro, que nos enteramos un poco después de que incluso cumple la promesa que le hiciera a su madre, moribunda y muy creyente, de rezar por ella diariamente. Estando su madre muerta, ya no necesita consolarla con una mentira piadosa, como le dice su hermana. Me pregunto, ¿por qué sigue rezando Lázaro? Posiblemente, mantiene la promesa por él mismo, convencido como está de que su misión en la vida es tomar el relevo de San Manuel y reafirmarse en su condición de nuevo mártir, que opta (parafraseando la religión de su maestro) por consolarse en consolar a los demás, aunque el consuelo que les dé no sea el suyo.

San Manuel, uno de los alter egos de Unamuno, está convencido de que su sentido en la vida es uno y que la vida es la propia lucha entre fe y razón. Esta sabiduría es el fondo del abismo de la filosofía unamuniana, fondo que impulsa al hombre a dar el salto al vacío (en palabras de Kierkegaard) sin garantía racional que lo justifique, es decir, una vez conocidas sus limitaciones y careciendo del recurso de aferrarse a la fe, el hombre opta por mirarse en sí mismo y salir al mundo queriendo oponerse a la amenaza de la nada. Por eso pretende serse y serlo todo. Esta conciencia máxima de compromiso es el Dios de Unamuno. En el texto, San Manuel desecha la verdad trágica y opta por la felicidad ilusoria (todo lo contrario de lo que harán existencialistas como Sartre). Con su verdad, dice a Lázaro, *la gente sencilla no podría vivir*, así que opta por darles el consuelo de la Iglesia. Para don Manuel son las religiones las que dan vida, las que *consuelan de haber tenido que nacer para morir*. La suya es, como hemos dicho, procurar el consuelo de los demás aun a costa de la mentira. Ese es su Dios. El reconocimiento de todas las religiones como procuradoras de vida espiritual, le hace proclamar que no hay una única religión verdadera. Cada pueblo se hace de una a su medida y la de su parroquia es la católica. Recordemos que en la España de 1930, fecha en que se escribe la novela, no había la libertad religiosa de nuestros días ni existía el estado aconfesional que recoge nuestra Constitución actual. Eran tiempos convulsos de fin de la Dictadura de Primo de Rivera y proclamación de la Segunda República en los que los del 98 son permeables a las corrientes irracionales europeas y lanzan en sus narraciones ideas tan modernas como las de don Manuel, aunque sea temblando y susurrando al oído, en secreto, en medio del campo como en confesión, como recuerda Lázaro en su conversación.

Desde mi punto de vista, es entendible la postura que adopta don Manuel. En cuanto cura que sigue siendo, está obligado a transmitir los valores de la religión que predica. Además, seguro que si hubiera optado por decir la verdad, su verdad, él habría perdido su sentido

de ser y el pueblo no le habría entendido ni creído porque, como declara Unamuno en el epílogo: *ni sabe el pueblo lo que es la fe, ni acaso le importa mucho*. Otra cosa es que la figura de San Manuel nos parezca un poco desmesurada, es decir, poco humana. Esto se explica por el afán del autor de concentrarse en los conflictos existenciales de sus personajes para atraer la atención del lector hacia ellos. Pero creo que habría sido más honesto consigo mismo y con los demás dejando el sacerdocio. Optó por la mentira y permitió que se le considerara un mártir.

Nuestra época (en que coexisten agnósticos, con ateos y creyentes) ha fabricado otros dioses a quienes adorar o a quienes recurrir. Las etapas de bonanza económica y desarrollo científico y tecnológico suelen ser menos proclives al espiritualismo y el hombre se lanza a la búsqueda de asideros como el dinero, la fama, el poder, el trabajo, el amor, el arte, la familia... Nada de esto llena el vacío inherente a la condición humana y es esa sensación de vacío la que nos impele a dar el salto hacia el misterio. Así que parece que las cosas no son tan diferentes como prometían ser tras la suplantación de las grandes religiones, como creyó Unamuno. En absoluto comparto la idea de que fe y razón sean incompatibles.